

PRESENTACIÓN

En 1898, la flota española es destrozada por la de los Estados Unidos de América del Norte y, poco después, el Tratado de París consagra la pérdida de los últimos restos del Imperio: Cuba, Puerto Rico y Filipinas. La imagen de España como gran potencia se rompe y sobre el país, despertado a la realidad, se extiende la sombra del fracaso histórico. Tal es la interpretación clásica, que acentúa, ante todo, la profunda depresión del espíritu público, manifestada, en términos de Altamira, “por una intensificación del pesimismo nacional. No se creía ya en España, y eran los mismos españoles los que no creían en ella”. Había fracasado la nación, culminando de esta forma nuestra decadencia histórica.

Mas ¿qué supuso realmente el 98 para España? Desde luego, concluye Cayuela, el fin del Estado Transoceánico y de su estructura socioeconómica. El Estado surgido de la Restauración sufrirá una crisis de legitimidad o, en expresión de Carlos Serrano, de “hegemonía”, es decir, de capacidad no sólo para “dominar”, sino también para “dirigir” la sociedad civil, organizando el “consenso ideológico” en favor de sus propios objetivos. No cabe, sin embargo, olvidar que el Desastre español —advierte González Cuevas— no puede ser considerado como un hecho específicamente castizo de nuestra Historia nacional. Hubo otros Desastres, otros 98 en Europa, que afectarán a Portugal, Italia o Francia, en plena revuelta intelectual contra el positivismo que dará nuevos fundamentos al pensamiento europeo. Finalmente, Varela Ortega subraya cómo la desmoralización que oscureció el horizonte nacional habría de dar paso a un proceso de regeneración que alcanzó a todos los ámbitos del país. El fracaso político inmediato de las propuestas regeneracionistas será, por supuesto, patente, pero, al margen del mayor o menor acierto de sus análisis y propuestas, no cabe olvidar que el “guión regeneracionista articula lo que hasta el día de hoy ha sido la ortopedia de modernización de nuestro país: la política hidráulica y de obras públicas, la educación y la industrialización, el desarrollo económico y la industrialización de España (...) (que) a lo largo de casi un siglo ha unido a partidos, gobiernos y regímenes bien distintos, rivales y hasta enemigos”.

El presente volumen de *Studia Historica*, coordinado por el profesor Ángel Bahamonde, a quien expresamos nuestro reconocimiento, está especialmente dedicado a Cuba, el emporio azucarero que condicionó profundamente la España decimonónica y cuyo nacionalismo, afirma Enrique Ucelay-Da Cal, desempeñará un papel nuclear en la aparición de los nacionalismos periféricos, especialmente el catalán y el vasco. Tales nacionalismos estuvieron determinados “por el modelo y las formas nacionalistas que surgieron de manera pionera en la Gran Antilla”. Por otro lado, “el enfrentamiento entre nacionalismo cubano y respuesta española establecerá las pautas ideológicas que posteriormente serán repetidas en contextos metropolitanos”.